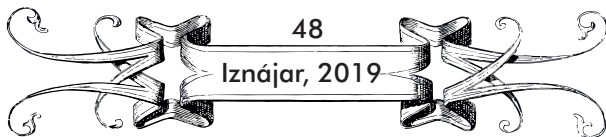




# EL CAMPANERO DE ÁNIMAS

*Antonio Quintana Jiménez*







# **EL CAMPANERO DE ÁNIMAS**

ANTONIO QUINTANA JIMÉNEZ

48

—

2019

3

*El campanero de ánimas*

*Imprime:                   Publicidad El Castillo  
C/ Puerta del Rey, 2  
14970 IZNÁJAR (Córdoba)  
Telf. y Fax: 957 53 47 19  
imprentaelcastillo@gmail.com*

*Depósito legal: CO-830/2019*

**Miembros del Jurado**  
**Primer Premio de Relato Corto 2019**  
**Categoría Mejor Relato Local**  
**Ayuntamiento de Iznájar**  
**Publicidad El Castillo**

*José María Molina Caballero*  
*Toñi Gómez Vidal*  
*Paqui Ramírez Díaz*  
*Manoli Díaz Lazo*



Se llamaba animeros a un grupo de personas que según la tradición, sacaban a pasear las ánimas, pedían por su eterno descanso y recorrían las calles de pueblos y aldeas, cortijos y caseríos dispuestos a hincarse de rodillas a cambio de un estipendio destinado al culto de las ánimas o someterse a toda clase de pruebas y penitencias en los nominados bailes de pujas, ya que se decía que la mejor manera de redimir las ánimas era con bailes, cánticos, rezos y sacrificios.

En algunos lugares de España todavía podemos encontrar restos vivos de esta antigua tradición. Pocas personas conocen o ni siquiera han oído hablar de los denomi-



nados animeros que surgieron en España en la Edad Media, con gran protagonismo en la era barroca (SS. XVII y XVIII) y actualmente prácticamente extintos, debido a la decadencia del viejo culto a las ánimas del purgatorio o ánimas benditas.

La misión de estas personas no era otra que la de fomentar la oración por las ánimas benditas, que a nivel popular y dentro del contexto católico, son consideradas almas errantes de los difuntos, seres atormentados que precisan que se le rinda oración por que se hallan atrapados en una especie de limbo a mitad del camino entre el cielo y el infierno, pero también entre el mundo terrenal y divino.

La Subbética Cordobesa era una de las zonas donde la tradición de los animeros tuvo gran presencia: “ Las cofradías de ánimas, en los pueblos y pedanías del término municipal de la zona se ocupaban

de organizar toda una serie de ritos oracionales relacionados con las benditas ánimas del purgatorio, que abarcaba un amplio espectro, desde los “ejercicios de ánimas”, anualmente, desde el mes de noviembre, pasando por los sufragios mensuales, gastos de campanero que se ocupaba a diario, de mañana, a medio día, y a la noche de tañer el conocido y aun perdurable toque de ánimas (o de oración) – de profundo paralelismo con los ritos oracionales cotidianos de los árabes –ejercicios e intenciones de misas y un largo etcétera que los libros de cuentas de las cofradías muestran entre sus monótonos asentamientos”.

Yo recuerdo haber visto de niño un gran cuadro (ahora desaparecido) en una de las paredes de la Parroquia de Santiago Apóstol de Iznájar, Córdoba, que siempre me llamó la atención. Se trataba de una escena del purgatorio en donde las ánimas

de hombres y mujeres ardían en el fuego eterno, curiosamente en una extraña placidez.

Restos de aquellos cultos son las coplas de la Aurora o campanilleros que se suelen cantar al amanecer los primeros días del mes de septiembre en muchos pueblos de nuestra provincia dedicadas ahora a la Patrona o patrón de uno u otro municipio,

Miguelico, uno de aquellos escasos campaneros que ahora solo tocaban a —ánimas los días de todos los santos y difuntos, se detuvo un momento para descansar, llevaba cuatro horas seguidas doblando aquella campana y el monaguillo aquel, el Juanito Perea que tenía que sustituirlo no acababa de llegar.

¿Se habría quedado dormido el tontorrón? Miró el reloj que había en la pared de la sacristía que marcaba las doce en pun-

to en el preciso momento en que empezaron a sonar las campanadas del reloj de la torre. El hombre empezó a contar para sus adentros moviendo los labios. Uno, dos, tres, cuatro... así hasta doce campanadas.

¡Qué extraño –pensó– es la primera vez desde que llevo de sacristán en esta parroquia que el reloj de la torre coincide en hora con el de la sacristía, uno u otro siempre va atrasado o adelantado, ya son las doce en punto y el niño éste no acaba de llegar!

Tendría Miguelico los cincuenta años ya cumplidos y desde que el recordaba no había hecho otra cosa que tocar las campanas y ayudar al párroco a decir misa. Primero a Don José, conocido en el municipio como el cura largo, se puede uno imaginar por qué razón, medía aquel hombre por lo menos los dos metros, o quizá más. Cuando murió de una pulmonía fue ente-

rrado en el antiguo cementerio que había, desde tiempos remotos, en los sótanos de la iglesia.

Cierto es que ya no se enterraba en aquel lugar a nadie, ya que existía un cementerio nuevo en la periferia, pero el cura largo tenía dicho que era allí y no en otro lugar donde quería pasar toda la eternidad.

A Don José, el cura difunto, lo había sustituido un joven sacerdote, Don Albino, que venía del norte de España, razón por la que hablaba el hombre con maneras muy refinadas, tanto que a veces, a Miguelico le costaba trabajo entender lo que decía, de tantas eses que gastaba aquel joven párroco nacido en las Vascongadas.

Aunque había también quien decía que Don Albino antes de llegar aquel lugar había ejercido en el pueblo de Lucena, de donde lo echaron por un asunto de faldas y

creo que hasta había un hijo por el medio. Pero a él que más le daba, la gente era muy mal pensada y se solían inventar historias torcidas para perjudicar a los hombres de iglesia.

Miguelico se rascó la joroba con ganas. Era contrahecho y de pequeña estatura, de una fealdad poco común, ya que desde que tenía uso de razón le habían dicho que tenía cara de viejo, aunque él, procuraba no mirarse al espejo. De vez en cuando, sin poderlo evitar solía ver su imagen reflejada en la cristalera de alguna ventana, o en el escaparate de la tienda de ropa, cuando pasaba por la acera dispuesto a no reconocerse ya que no le gustaba lo que veía. Se saludaba así mismo fugazmente y seguía su camino como si la cosa no fuera con él.

Hijo de un cagarrache de molino de aceite lo metieron en la iglesia porque en aquel pueblo no había otra cosa para él. La

santera de toda la vida, Avelina, que vivía en la pequeña casa pegada a la sacristía, solía decir que, al *Cura Largo*, no le gustaban más que los tullidos y los tontos y tenía toda la razón, ya que como aquellos desgraciados no servían para otra cosa, se conformaban con lo que éste les quería dar, las cuatro perras gordas que solía encontrar en el cepillo, cuando las había, razón por la que aquellos días dedicados a los difuntos los esperaban los subalternos como agua de mayo que caía del cielo.

Cuando dejaran de doblar, los tres días con sus noches que duraba aquella festividad saldrían a pedir para el culto a las ánimas por todas las casas del pueblo, calle por calle. Una vez agotado el municipio, recorrían las cortijadas y aldeas en donde no les pagaban el duro trabajo en metálico, si no en especias. Membrillos, granadas, pan de higo, garbanzos, alguna morcilla

que otra incluyendo alguna tajada de chorizo como algo extraordinario ya que a veces estas fiestas coincidían con la matanza del cerdo si es que el tiempo frío se había adelantado.

Entrarían en las casas con aquella cantinela que Miguelico se sabía más que de sobra, por haberla cantado año tras año.

De casa en casa buena barba,  
por muchos años “aiga”,  
que cuando se muera  
a la gloria vaya.

Y cuando les dieran la propina del tamaño que fuera después de rezar un padre nuestro o una salve, gritarían todos en alta voz: ¡A la glooooooriaaaa! Si por el contrario



les cerraban las puertas o no los socorrían con nada, el grito sería: ¡Al infieeeeeernooo! Cosa que a nadie hacía ninguna gracia, con lo que, aunque, solo fuera por superstición, los paisanos procuraban darles siquiera alguna insignificancia con tal de no tener que escuchar el temido grito.

En estos pensamientos andaba el jobado, cuando de repente le sorprendió una sombra que salió de por detrás de una cortina, o eso le pareció a él —diría después a todos los que quisieron escuchar.

-Yo pensé que sería el tonto del monaguillo que ya tardaba en llegar, pero no, era el mismísimo cura largo, lo juro por todos mis muertos, con su sotana de un negro parduzco, el color comido por el tiempo y los zapatos abrochados con cordones de un cuarenta y ocho por lo menos, era inconfundible, nadie que yo hubiera conocido tenía unos zapatos tan grandes como él.

Aquel espectro me dijo:

-Miguelico, muchos años has trabajado para esta institución y yo no te he pagado como realmente mereces. Y no por qué no tuviera dinero. Hay feligreses en este municipio que para acallar su conciencia (ya sabes, asuntos de la Guerra Civil) han donado más para culto que lo que tú podrías imaginar. Solo que yo he pecado gravemente contra el segundo de los Pecados Capitales que se llaman mortales, el de la avaricia, y guardé todo el dinero que me fueron dando hasta reunir una considerable fortuna en sitio seguro y que no servirá de provecho si no descubro a alguien donde está, quiero que todo ese dinero sea empleado en misas y culto a los muertos, de esta manera podré descansar en paz.

-¿Y te dijo dónde estaba? –preguntó don Albino, interrumpiendo al jorobado su relato.

-A ver, haz memoria ¿qué es lo te dijo por fin? Yo no creo en las ánimas pero, ¿no sería que con el cansancio te has quedado dormido y lo has soñado?

-¡Que no, que no! – repitió convencido el sacristán - estoy seguro de lo que vi y de lo que me dijo el muerto que se esfumó sin terminar de decirme aquella relación que no estaba nada clara ya que parecía un acertijo y eso que se le notaba al hombre que andaba en pena, muy sufrido y angustiado.

-Me dijo: donde dormía el gato negro, metido dentro de un saco y ya no pude escuchar más por que se esfumó cuando llegó el Juanito Perea dando voces.

-¿Qué gato negro? En esta Parroquia nunca hubo gatos que yo sepa.

-La santera Avelina tenía uno, negro por cierto, que andaba siempre en busca de

ratones por los sitios más inverosímiles que usted se pueda imaginar, un día desapareció. La mujer dijo con pena, ya que era muy cariñosa con los bichos, que, algún desalmado lo había envenenado por qué no volvió a aparecer por ninguna parte. Eso fue poco antes de que llegara usted y se muriera don José, el mismo que se me acaba de aparecer.

-¿Y dónde dormía aquel gato? – dijo el joven sacerdote con los ojos llenos de codicia.

-Preguntemos a la santera, aunque no creo que ella lo sepa, ya le digo que aquel bicho era muy raro. Un día me lo encontré detrás de la cocherilla del cáliz, perdón, quería decir detrás del Sagrario donde se guarda la Sagrada Forma, a Don José casi le da un patatús y le dijo de malos modos a Avelina que no quería ver más a

aquel bicho dentro de la iglesia, luego pasó lo que pasó.

-¿Y qué fue lo que pasó? – preguntó el cura al sacristán cada vez más enredado en aquel laberinto.

-Pues eso, que el gato se perdió y ya no lo volvimos a ver más.

No sería por no poner suficiente empeño, ya que, entre el cura y el sacristán trastearon en los sitios más sospechosos, entre los dos sacaron al cura largo de su tumba que andaba como si lo acabaran de enterrar, ni siquiera apestaba a muerto, le quitaron la ropa y le miraron hasta en el falso de la sotana, por si se le hubiera ocurrido esconder los billetes de a mil doblados en aquel lugar, pero nada, por mucho que quisieron no dieron con el escondite. Bajo el manto de la Virgen de los Dolores, detrás del altar mayor, no quedó un santo sin re-

gistrar ni cuadro al que no le fuera dada la vuelta, al final lo dejaron por imposible y esperaron a que al ánima del cura largo le diera por volverse a aparecer y acabara de explicar donde diantres tenía escondido el dinero, pero del aquel difunto nunca más se supo.

Seguramente se ha molestado por el espolio que le hemos hecho a su cuerpo – pensó Miguelico decepcionado y a partir de ese momento ya no se volvió a hablar más de aquel asunto, aunque él no paró de buscar siempre que tenía ocasión.

Muchos años después de aquel suceso que nadie creyó, ya que daban por hecho que todo había sido un mal sueño de aquel sacristán, cuando don Albino, ya de mediana edad, un día mandó derruir el viejo cementerio para reciclarlo y construir un garaje para su automóvil, algo extraordinario dicen que ocurrió. El cura largo ya momifi-

cado fue cambiado de lugar y enterrado en el cementerio civil y cuando intentaron hacer lo mismo con el difunto de al lado cuya lápida rota fechada del siglo XVII había sido restaurada con yeso, en lugar de un cadáver encontraron una caja de madera de tamaño regular con un saco vacío en su interior, sobre la que apareció un gato negro con apariencia de haber sido enterrado vivo. Tenía el rabo tieso con el pelo de punta y la boca y los ojos con expresión feroz dispuesto a atacar al primer intruso que se le ocurriera tocar allí.

Curiosamente el albañil que descubrió aquel horror era un sobrino del sacristán Miguelico ya difunto, último campanero de ánimas. Poco después de aquel suceso se corrió la voz en el pueblo de que a aquel obrero le había tocado una gran cantidad de dinero en la lotería.





